

Como Ud. ve por el contenido de esta carta, me he ocupado de escribirle algunas líneas sobre los sucesos de Europa. La intervención rusa en los negocios de Hungría, la insurrección de Dresde, la invasión alemana en la península del Jutland, cuyo territorio no está en litigio entre dinamarqueses y alemanes.

BERLÍN, 11 de Mayo de 1849.

Muy señor mío: Desde que dirigí á Ud mis dos últimas, se han realizado en estas partes de Europa tres graves acontecimientos: la intervención rusa en los negocios de Hungría, la insurrección de Dresde, la invasión alemana en la península del Jutland, cuyo territorio no está en litigio entre dinamarqueses y alemanes.

La intervención rusa se ha verificado en los términos, en la forma y en las proporciones que tengo anunciadas á usted. Cien mil rusos han entrado en la Pensilvania y la Hungría; cincuenta mil guardan las fronteras. Habiendo dado desde un principio, como Ud. sabe, una importancia mayor á esta guerra desastrosa, he procurado investigar cuáles son las fuerzas de que disponen los húngaros insurrectos; el resultado de mis investigaciones es triste y en alto grado alarmante. El ejército Magiario Polaco, victorioso en todas direcciones, se compone hoy de cerca de doscientos mil hombres. El austriaco, que camina de derrota en derrota y de retirada en retirada, consta apenas de ochenta mil hombres: su infantería es buena; su caballería pesada, excelente; su caballería ligera, infinitamente inferior en número, en agilidad y en bizarría á la de sus enemigos, esos descendientes de los hunnos, que velaban, contrataban, dormían y morían á caballo. Siendo esto así, la intervención rusa, en las gigantescas proporciones que acabo de indicar, no basta para poner término á la guerra, y será apenas suficiente para contener al Imperio austriaco en su estrepitosa caída. Ciento ochenta mil hombres, entre rusos y austriacos, igualan apenas el número de los insurrectos; teniendo los unos

la desventaja de combatir en la casa ajena, y los otros la ventaja de combatir en su propia casa, en la tierra de sus mayores, en los campos de sus glorias, y como amparada por la gigantesca sombra de Atila. Así los austriacos como los rusos parecen comprender la grandeza de su empresa; y mientras que los primeros piensan llevar hasta ciento treinta mil el número de sus combatientes, los segundos tratan de aumentar el ejército interventor con cincuenta mil hombres. Suponiendo que los húngaros hagan esfuerzos proporcionados á la gravedad de las circunstancias, resultaría de todo que medio millón de hombres combatirían antes de muchos meses en aquellas partes, para dar una solución definitiva á las últimas complicaciones Europeas. Entretanto la Europa, aunque la cosa parezca increíble, no mira estos sucesos sino con una indiferencia profunda: el trastorno de su organismo interior es tan hondo, que las naciones no tienen ojos sino para llorar sus propias desventuras. Esta indiferencia, debo confesarlo candorosamente, contraria á mis previsiones, evitará la guerra general, que parecía deber ser la consecuencia necesaria de los últimos sucesos; y evitándola, hará más probable una buena solución definitiva, así de la cuestión austro-magiara, como de las otras grandes cuestiones que están sin resolverse en el mundo.

La insurrección de Dresde ha tenido un término dichoso después de haber llenado de estragos, de sangre y de horror aquella ciudad desventurada, teatro de las más bárbaras escenas. La insurrección tomó allí desde luego, como en todas partes, el color republicano y socialista: la pluma se resiste á escribir lo que ha obrado allí la insurrección con estos sangrientos colores: allí ha habido suicidios, asesinatos, incendios, degüellos generales: allí se han visto sacerdotes polacos con un crucifijo en una mano y una espada en la otra, predicar esos horrores sangrientos en nombre de Dios á las frenéticas muchedumbres.

Entretanto las cosas de Francfort van tomando un color

cada vez más sombrío: todos los diputados moderados se van retirando de la Asamblea, que antes de muchos días estará compuesta exclusivamente de frenéticos demagogos. El Ministerio del poder central, revolucionario entre todos, está ya casi desbordado por una Asamblea facciosa, cuyos odios son inmensos, y cuyas pasiones son implacables. Hace tres días que acaba de votar la urgencia de una proposición dirigida á que el poder central ayude con todas sus fuerzas el movimiento insurreccional de la Sajonia y del Palatinado: jamás ha llegado á un punto tan alto la que pudiera llamarse ingenuidad de la impudencia. Yo aguardo de allí, dentro de muy pocos días, graves sucesos, como la retirada del Ministerio, la abdicación del Vicario, la constitución de un gobierno provisional, y una insurrección armada. Si estos sucesos se verificaran, creo poder afirmar que el Gobierno de Prusia seguiría con respecto á Francfort, la misma conducta que ha observado en los asuntos de Dresde: enviaría fuerzas para vencer á la insurrección y para ahogarla en su propia sangre.

El Palatinado es otro punto obscurísimo del horizonte: también allí es posible una explosión violenta. Si á esto se añade el estado del espíritu público en todas las provincias Renanas, no es difícil prever gravísimas perturbaciones. Creo, sin embargo, que serán en todas partes reprimidas. Si la revolución hubiera sido menos audaz y menos impaciente, si se hubiera contentado con mantener viva su excitación febril y contagiosa, pero arrendada y contenida dentro del ancho círculo de las leyes, su triunfo hubiera sido seguro antes de mucho tiempo: pero habiéndose arrojado furiosa y desmelenada á las calles, todo me hace creer, que allí donde pensaba encontrar su victoria, encontrará su enevitable ruina. Esto, sin embargo, no será más que por ahora: las raíces del árbol de la revolución se extienden como una red inmensa por todos los senos del territorio alemán; y los ejércitos, que son poderosos para cortar el árbol, no lo son para arrancar sus raíces. No hay ya que aguardar para el mundo ni firme paz, ni constante reposo:

esos tiempos de bonanza pasaron para no volver más. ¡Dichoso el género humano, si aún se le conceden treguas fugaces, para reposar un tanto sus fatigados miembros!

La conducta de este Gabinete en la cuestión de Dinamarca es inexplicable: por una parte, confiesa que la guerra es injusta, y que es promovida por la Asamblea de Francfort para tener ocupados á los ejércitos, y poder más fácilmente conmover á las muchedumbres: y por otra, ha realizado por su parte la última invasión, que es la más inicua de todas. En su lenguaje con el Barón de Meyendorf, Ministro de Rusia, explica este Gabinete su conducta, diciendo que desea, pero que no puede todavía romper con Francfort; que no se atreve á retirar su ejército de los Ducados, pero que por otra parte desea la paz, y está dispuesto á recibir aquí un Plenipotenciario Dinamarqués, para tratar de ella seriamente; que si puede conseguir que las negociaciones dejen de seguirse en Francfort, y se entablen en Berlín, la Rusia puede contar con una paz honrosa para todos; y por último, que la última invasión no tiene por su parte más objeto que cubrir el honor de las armas prusianas, y facilitar un arreglo definitivo. Hasta ahora la única Potencia que ha protestado en términos firmes y hasta agrios contra la referida invasión, es la Francia, cuyo representante aquí acaba de poner la protesta en manos del Gabinete. Concluido su papel de mediador, se cree que protestará también el Gabinete Británico. Por lo que hace á la Rusia, resuelta como está, no sólo á protestar sino á impedir que sigan adelante las osadías alemanas, cree, sin embargo, que debe observar una conducta condescendiente con la Prusia, ahora que la ve en el buen camino, resuelta á acabar con la revolución, y á ser fiel guardadora de sus antiguas alianzas.

*A última hora.* Por parte telegráfico de Francfort se sabe que á consecuencia de un voto de la Asamblea declarando que el Gobierno prusiano había infringido las leyes del Imperio interviniendo en Sajonia, se ha declarado una crisis ministerial: parece que el Ministerio quiere retirarse, y ha dado su dimi-

sión: y que el **Vicario** no quiere aceptarla, y quiere irse. Todos allí son síntomas de la próxima descomposición de que hablo más arriba: pero por más que sea inevitable, no creo que se verifique sin que haya sangre derramada. Tengo motivo para creer que, en la previsión de estos mismos sucesos, se van á abrir negociaciones entre la Prusia y el Austria para ponerse de acuerdo sobre lo que ha de reemplazar á aquel poder que se desmorona, puesto que de alguna manera es forzoso satisfacer esa loca pasión por la unidad, que se ha declarado como una enfermedad contagiosa en todos los pueblos alemanes.

---

BERLIN, 15 de Mayo de 1849.

Muy señor mío: La revolución sigue su marcha ascendente en todo el mediodía de la Alemania: no daré á Ud. pormenores relativos á las insurrecciones parciales, porque todas las noticias concernientes á estos sucesos deben llegar á París, y por París á Madrid antes que las que yo puedo dar á Ud. desde esta capital. Me limitaré, pues, solamente á decir que creo definitivamente revolucionada toda aquella región que se extiende desde el Elba hasta el Rhin, y aquella otra que se dilata por la orilla izquierda del gran río germánico. La intervención de la Prusia por ahora, y la del Austria en su día, podrán reprimir momentáneamente los levantamientos populares: la revolución empero está apoderada de todos los ánimos, y las ideas comunistas tienen allí su asiento en corazones depravados y en almas ateas. Los tratos de paz y de alianza que existen entre la demagogia alemana y la de París, harían posible, supuesto su triunfo, uno de los sucesos más maravillosos de la historia:

el advenimiento al mundo de un gran imperio socialista y demagógico, que, geográficamente considerado, tendrá la misma extensión, comprendería las mismas razas, y estaría limitado por las mismas fronteras, que el grande Imperio de Occidente, fundado por Carlo-Magno: el Rhin sería la gran arteria del uno como lo fué del otro: ambos abarcarían las razas latinas y las razas alemanas: sólo quedarían fuera del alcance del último, como quedaron fuera del alcance del primero, la raza slava y la raza anglo-sajona ¡Dios aparte de nosotros esta pavorosa catástrofe!

El síntoma más funesto en estas insurrecciones meridionales es la falta de disciplina de la tropa. De las tropas bávaras que fueron á reprimir la insurrección del Palatinado, parte retrocedió, llegado que hubo á Manhein, y parte pasó á los reales enemigos. En el gran ducado de Badén ha habido levantamientos de soldados contra sus oficiales, y en otros varios puntos se van manifestando los mismos síntomas terribles.

Entretanto los negocios de Francfort se complican cada vez más de una manera extraordinaria: la última de estas complicaciones merece una explicación especial, que puedo dar á usted y que hasta ahora es ignorada de todos.

A consecuencia del voto de la Asamblea, por el que se declaraba atentatoria á la ley del Imperio la intervención de la Prusia en la insurrección de Dresde, el ministerio Gagern redactó un programa que presentó á la aprobación del Vicario. En este programa se proponía un manifiesto, que era una declaración de guerra á la Prusia. Negóse el Vicario á firmarle, y el Ministerio dió su dimisión. La Asamblea por su parte envió un mensaje al archiduque Juan para que consintiese en el manifiesto y programa. El Vicario se mantuvo firme, contra su costumbre. Tratóse entonces, entre los demagogos de la Asamblea, de constituirse en poder revolucionario, y en hacer por sí lo que se negaba á obrar el Vicario del Imperio; pero de aquí surgió otro conflicto: Gagern, que apetece el poder revolucionario y dictatorial, cuando es ejercido por él; no le apetece

cuando es ejercido por otros: y después de haber propuesto al Vicario el rompimiento con la Prusia, amenazó á los demagogos de la Asamblea con retirarse, seguido de cien individuos que siguen su parcialidad, si acometía por sí propia ese mismo rompimiento. Entretanto, la Prusia se entendía con el Austria sobre la manera y forma en que había de ser reemplazado el poder central de Francfort, que se venía á tierra por sí mismo. La Prusia declaró que reconocía los tratados de 1815, que daban al Austria la Presidencia, y con la Presidencia la iniciativa en las cosas de la Confederación; pero que esa iniciativa y aquella Presidencia habían sido dadas al Austria para algo: que la Alemania Meridional ardía en insurrecciones: que las cosas no podían seguir así por más tiempo, sin comprometer á todas las Monarquías alemanas: que esto supuesto, había llegado el caso de obrar; que obrara el Austria, ó que dejara obrar á la Prusia. La Prusia, al hacer esta propuesta, sabía bien que el Austria, que está consumiendo sus fuerzas y sus tesoros en su guerra con los húngaros, no podría recoger el poder que quería poner en sus manos: y que no pudiendo obrar por sí, no podría oponerse á la acción libre y expedita de la Prusia. Las cosas sucedieron como este Gabinete había pensado: el Austria reconoció la necesidad de obrar, su imposibilidad de moverse, y la necesidad de que la Prusia se moviera. Faltaba sólo, para llevar á cabo este propósito, que el Vicario desistiera del poder ejecutivo central, que la Prusia había de ejercer en adelante: ese desistimiento parecía á todos cosa llana, habiendo mostrado el Vicario constantemente su deseo de retirarse de los negocios, y de abandonar un poder que era una sombra. Pero todo sucedió al revés de lo que todos creían: el Vicario, que hasta ahora ha estado sumido en el más profundo sueño; el Vicario, que se ha abstenido constantemente de obrar; el Vicario, cuya debilidad había llegado hasta el punto de consentir el desheredamiento por la Asamblea de su propia familia, ha salido ahora, con asombro de todos, de su letargo; se ha acordado ahora de que es un archi-

duque, de que es general, de que es Vicario del Imperio, de que lo es por designación de la Asamblea de Francfort y por el consentimiento de los Príncipes, de que retirarse cuando hay peligro es cosa indigna de un general, de un Vicario y de un archiduque de Austria; y ha declarado explícitamente que no deja ahora el poder que todos le han conferido; y que cuando resuelva dejarle, le resignará en manos de la Asamblea que le ha nombrado.

De esta manera el hombre más débil y más inactivo ha venido de repente á desconcertar los planes de todo el mundo: los de su Ministerio, los de la Asamblea, los de la Prusia y los del Austria. Lo más singular de todo es que la Asamblea, viéndole resuelto á no abdicar en beneficio de la Prusia, le ha ofrecido nombrarle emperador si se ponía al frente de la revolución alemana; y que con el mismo *no* que ha contestado á la Prusia, ha contestado á la Asamblea. Entretanto no se apura por no encontrar Ministros: obliga á los dimisionarios á permanecer en sus puestos hasta que les dé sus sucesores; hace venir tropas á Francfort, y se dispone á obrar según las eventualidades.

Los que ignoran todas estas cosas, se aturden de lo que ven: y los pocos que la saben, se aturden más todavía. El caso es tanto más grave, cuanto que en realidad el poder del Vicario es el más legal de la Alemania, como quiera que ha sido reconocido por todos, aunque por motivos diferentes, por príncipes y por pueblos, por las Asambleas y por la Monarquía. Aquí se cree, sin embargo, que al fin cederá á las solicitudes de la Prusia; pero al ver lo que mis ojos están viendo, dudo absolutamente de todo.

Entretanto la Prusia, llevando adelante el propósito que hace tiempo tuve ocasión de anunciar á Vd., ha mandado ya oficialmente á sus diputados que se retiren de la Asamblea de Francfort, que considera como ilegal por haber extralimitado sus poderes. El decreto que salió ayer va precedido de un largo y notable *considerando* de los ministros, en el cual se reca-

pitulan los cargos que contra la Asamblea de Francfort se han hecho ya en varias ocasiones.

Las últimas noticias de las provincias renanas son las siguientes: En Darmstadt se ha sublevado la guarnición contra sus jefes, y ha proclamado la República; en Landau, fortaleza federal del Palatinado bávaro, ha habido igual sublevación, y después de la muerte de algunos oficiales, la guarnición ha jurado obediencia á la Constitución del Imperio. El Palatinado entero está hoy en insurrección, acontecimiento anunciado ya hace días por mí á Vd., y es dudoso que el ejército de la Baviera sea poderoso para reprimir la insurrección. Al mismo tiempo, en la Hesse renana hay bandas numerosas de unitarios que se dirigen al Palatinado para convertirle en centro de la gran insurrección meridional. Mientras que esto sucede en las partes del Mediodía, llegan también noticias alarmantes del Norte; en Koenigsberg, siguiendo la municipalidad el ejemplo de la de Colonia, ha convocado una junta general de diputados de los pueblos para tomar resoluciones sobre los negocios públicos. Este Gobierno, que hasta hace diez ó doce días estaba cándidamente en la persuasión de que el espíritu revolucionario estaba sólo en la superficie de la Alemania, ha comenzado ya á volver en sí, y á considerar las cosas bajo su verdadero punto de vista. ¡Quiera el cielo que no haya abierto los ojos demasiado tarde!, porque la borrasca arrecia más cada día, y todos los horizontes están cubiertos de nubes.

En Hungría siguen las cosas en el mismo estado que dije á Ud. últimamente: y aquí no puedo menos de notar que, vista la discusión que hubo sobre este negocio pocos días ha en la Asamblea Nacional de Francia, parece que me apresuré demasiado pronto á confesarme falso profeta por haber anunciado, con motivo de esta cuestión, la probabilidad de grandes complicaciones en Europa. El lenguaje usado por el ministro de Negocios extranjeros de la República, es evidentemente amenazador: y como, por otra parte, es cosa probabilísima, ó por mejor decir, cierta, que ese lenguaje no será poderoso

para embarazar los movimientos de la Rusia, Ud. conocerá que de este grave conjunto de circunstancias pueden nacer para la Europa y para el mundo conflictos terribles y eventualidades tremendas.

---

BERLÍN, 23 de Mayo de 1849.

Muy señor mío: En virtud de la circular de este Gobierno, de que hablé á Ud. en tiempo oportuno, se reunieron aquí para concertar una Constitución alemana, en nombre de sus Príncipes respectivos, los plenipotenciarios de Austria, de Baviera, de Sajonia y de Hannover, los cuales, de acuerdo con la Prusia, tienen ya acordada la Constitución, que se publicará antes de mucho.

La Constitución de los Príncipes es la misma que la de los demagogos de Francfort, salvo algunas modificaciones. Así, por ejemplo, el *veto* imperial no será suspensivo, sino absoluto; y el voto de los ciudadanos no será universal, sino restringido y sujeto á ciertas y determinadas condiciones. Por lo demás, la Alemania será un Estado unitario, que llevará el nombre de Imperio: el Imperio será dirigido por el rey de Prusia, que no se llamará Emperador, sino con un nombre alemán, que quiere decir *Curador del Imperio*. Ningún Estado particular podrá recibir de otras potencias, ni acreditar cerca de ellas agentes diplomáticos, sólo el Curador del Imperio podrá enviarlos y recibirlos. El mismo rey de Prusia no podría enviarlos ni recibirlos, sino en calidad de Curador del Imperio germánico. El Austria quedará separada de la Unión, y formará un Imperio aparte.

Como Ud. ve, esto significa la mediatización de todos los